

to había ofendido á la legación española; mas no hallando apoyo en la primera de estas cortes y manifestándole la segunda su descontento, estaba muy alarmada, siendo aquel instante el más oportuno para tratar con ella. Bonaparte quería primeramente su dinero; y después, aunque no temiese su fuerza temporal, temía su influencia moral sobre los pueblos. Los dos partidos italianos, engendrados por la revolución francesa y que se desarrollaban por la presencia de nuestros ejércitos, exasperábanse cada día más. Si Milán, Módena, Reggio, Bolonia y Ferrara eran la residencia del partido patriota, Roma era la del partido monacal y aristócrata; podía excitar los furios fanáticos y molestarnos mucho, sobre todo en un momento en que la cuestión no estaba resuelta con los ejércitos austriacos. Bonaparte pensó que era preciso contemporizar aún: espíritu libre é independiente, despreciaba todos los fanatismos que esclavizan la inteligencia humana; pero hombre ejecutivo, temía á las potencias que escapaban de la fuerza; prefiriendo eludir las á luchar con ellas. Por otra parte, aunque criado en Francia, había nacido en medio de la superstición italiana; no participaba de ese disgusto por la religión católica, tan profundo y común entre nosotros después del siglo XVIII; y para tratar con la Santa Sede no experimentaba la misma repugnancia que el pueblo de París; pensó, pues, en ganar tiempo, para evitar una marcha retrógrada en la península, librarse de las fanáticas predicaciones, y si era posible, recobrar los diez y seis millones devueltos á Roma. En su consecuencia encargó al ministro Cacault que se desentendiese de las exigencias del Directorio en materia de fe, insistiendo sólo en las condiciones puramente materiales. Después eligió al cardenal Mattei, á quien había encerrado en un convento, para enviarle á Roma; púsole en libertad y le encargó que hablara en su nombre al papá. «La corte de Roma, le escribía, quiere la guerra, y la tendrá; pero antes debo hacer en obsequio de mi patria y de la humanidad un último esfuerzo para atraer al papa á la razón. Ya sabéis, señor cardenal, cuáles son las fuerzas de que dispongo: para aniquilar el poder temporal del papa, me bastaría quererlo. Id á Roma, ved al Santo Padre, hacédle comprender sus verdaderos intereses, y libradle de los intrigantes que le rodean, que sólo quieren su pérdida y la de la corte de Roma. El gobierno francés me permite aún escuchar palabras de paz, y todo puede arreglarse. La guerra, tan cruel para los pueblos, tiene resultados terribles para los vencidos. Evitad grandes desgracias al papa: ya sabéis cuánto deseo terminar con la paz una lucha que la guerra acabaría por mí sin gloria y sin peligro.»

Mientras se valía de estos medios para *engañar*, según decía, al *zorro viejo*, resguardándose de los furios fanáticos, pensaba en excitar el espíritu de libertad en la alta Italia, á fin de oponer el patriotismo á la superstición. Toda aquella parte del país estaba muy exaltada: los milaneses, librados del Austria, las provincias de Módena y de Reggio, impacientes por el yugo con que les oprimía el anciano duque ausente, y las legaciones de Bolonia y Ferrara, substraídas al papa, pedían á gritos su independencia y su organización en repúblicas. Bonaparte no podía declarar la independencia de Lombardía, pues la victoria no había decidido aún positivamente de su suerte, pero dábale siempre esperanzas y

ánimo. En cuanto á las provincias de Módena y de Reggio, tocaban con la retaguardia de su ejército, confinando con Mantua: debía quejarse de la regencia, que envió víveres á la guarnición, y había recomendado al Directorio que no concediese la paz al duque de Módena, atendándose al armisticio á fin de poder castigarle en caso de necesidad. Las circunstancias iban siendo cada vez más difíciles, y sin prevenir al Directorio, resolvió dar un ejemplo de vigor. Era sabido que la regencia acababa de incurrir de nuevo en falta y de infringir el armisticio proporcionando víveres á Würmsér y dando asilo á uno de sus destacamentos: Bonaparte declaró acto continuo que se había violado el armisticio, y en virtud del derecho de conquista, expulsó á la regencia, declarando al duque de Módena destituido, y á las provincias de Reggio y Módena libres. El entusiasmo de estos pueblos fué extraordinario: Bonaparte organizó un gobierno municipal para administrar provisionalmente el país hasta tanto que estuviera constituido. Bolonia y Ferrara se habían erigido ya en república, y comenzaban á levantar tropas. Bonaparte quería reunir estas dos legaciones á los Estados del duque de Módena, para formar una sola república, que situada toda ella más acá del Po, se llamaría *República cispadana*. Pensó que si en la paz se hacía preciso devolver la Lombardía al Austria, podría evitarse restituir al duque de Módena y al papa el ducado y las legaciones, que se erigirían así en república hija y amiga de la francesa, y la cual sería más allá de los Alpes el foco de los principios franceses, el refugio de los patriotas comprometidos y el centro desde donde podría extenderse algún día la libertad por toda Italia. No creía que fuera dado conseguir la libertad de ésta de una vez; suponía al gobierno francés demasiado desfallecido para conseguirla entonces, y pensaba que al menos era necesario depositar los gérmenes de aquella libertad en la primera campaña. Para esto se debía reunir á Bolonia, Ferrara, Módena y Reggio. Oponíase el espíritu de localidad; pero esperaba vencer esta oposición con su poderosa influencia.

Marchó á estas ciudades, donde fué recibido con entusiasmo, y decidiólas á enviar á Módena cien diputados de todos los puntos de su territorio, á fin de formar una asamblea nacional que se encargase de constituir la república cispadana. Esta reunión se efectuó el 25 vendimiario (16 octubre) en Módena, componiéndose de abogados, propietarios y comerciantes. Contenida por la presencia de Bonaparte y dirigida por sus consejos, manifestó el mejor criterio: votó la reunión en una sola república de las dos legaciones y del ducado de Módena; abolió el feudalismo, decretando la igualdad civil; nombró un comisionado para que se encargase de organizar una legión de cuatro mil hombres, y acordó la formación de una segunda asamblea que debía reunirse el 5 nivoso (25 de diciembre), para deliberar sobre la Constitución. Los regianos manifestaron el mayor celo: habiendo salido de Mantua un destacamento austriaco, corrieron á las armas, rodearonle y le hicieron prisionero, presentándole después á Bonaparte. Dos regianos muertos en la acción fueron los primeros mártires de la independencia italiana.

Lombardía, inquieta y recelosa por los favores concedidos á la Cispadana, creyó ver en esto para sí un

sinistro presagio; díjose que puesto que los franceses constituían las legaciones y el ducado sin contar con ella, tendrían el proyecto de devolverla al Austria. Bonaparte tranquilizó de nuevo á los lombardos, haciéndoles comprender las dificultades de su situación, y repitióles que era preciso ganar la independencia secundándole en aquella terrible lucha. Entonces acordaron aumentar hasta doce mil hombres las legiones italiana y polaca, cuya organización habían comenzado ya.

De este modo consiguió Bonaparte tener á su alrededor gobiernos amigos, que harían todos sus esfuerzos para apoyarle. Sus tropas no servían sin duda para gran cosa, pero eran capaces de vigilar el país conquistado, por cuyo medio quedarían disponibles los destacamentos franceses ocupados en tal servicio. Apoyadas con algunos centenares de nuestros soldados, podían resistir una primera tentativa del papa, si llegaba á incurrir en la locura de acometerla. Bonaparte se esforzó al mismo tiempo por tranquilizar al duque de Parma, cuyos Estados confinaban con la nueva república; su amistad podía ser útil, y su parentesco con España imponía ciertas consideraciones. Dejóle entrever la posibilidad de adquirir algunas ciudades en aquella división de territorios; y valíase así de todos los recursos de la política para suplir á las fuerzas que su gobierno no podía proporcionarle: en esto cumplía su deber respecto á Francia é Italia, y hacíalo con toda la habilidad de un experto diplomático.

Córcega acababa de quedar libre gracias á su celoso proceder; había reunido á los principales refugiados en Liorna; dióles armas y oficiales, y los precipitó atrevidamente en la isla para secundar la rebelión de los habitantes contra los ingleses. La expedición obtuvo buen éxito; su patria quedó libre del yugo extranjero, y también iba á estarlo muy pronto el Mediterráneo. Podía esperarse que en lo futuro las escuadras españolas, reunidas con las francesas, cerrarían el estrecho de Gibraltar á las flotas de Inglaterra, dominando en todo el Mediterráneo.

El tiempo transcurrido desde los acontecimientos del Brenta había sido, pues, empleado por Bonaparte en mejorar su posición en Italia; pero si tenía algo menos que temer á los príncipes de este país, el peligro por la parte de Austria aumentaba y sus fuerzas para evitarle no bastaban.

Las brigadas 83.^a y 40.^a continuaban en el Mediodía; en el Tirol se hallaban doce mil hombres á las órdenes de Vaubois, alineados por delante de Trento, en la orilla del Lavis; diez y seis ó diez y siete mil guardaban el Brenta y el Adige al mando de Massena y Augereau, y ocho ó nueve mil permanecían delante de Mantua, todo lo cual hacía subir su ejército á unos treinta y ocho mil hombres. Davidovich, que permaneció con algunas fuerzas en el Tirol después del desastre de Würmsen, tenía ahora diez y ocho mil hombres, y Alvinzy avanzaba desde Friul, sobre el Piava, con unos cuarenta mil. Bonaparte estaba, pues, muy comprometido, porque para resistir á sesenta mil hombres no contaba sino con treinta y cinco mil, fatigados por una triple campaña y cuyo número disminuía diariamente por las fiebres que les ocasionaban los arrozales de Lombardía. Así se lo escribía apesadumbrado al Directorio, diciéndole que iba á perder la Italia.

Viendo aquél el gran peligro de Bonaparte, y no pudiendo auxiliarle tan pronto, trató de suspender inmediatamente las hostilidades por medio de una negociación. Malmesbury se hallaba en París, como hemos visto, esperando la respuesta de su gobierno á las comunicaciones del Directorio, que le había exigido poderes de todas las potencias, diciéndole que se explicase con más claridad acerca del principio de las compensaciones de conquista.

El ministerio inglés respondió por fin después de diez y nueve días, el 24 brumario (14 noviembre), que las pretensiones de la Francia eran desusadas; que era permitido á un aliado pedir negociaciones en nombre de los suyos antes de tener la autorización en forma: Inglaterra estaba segura de obtenerla, pero que ante todo era preciso que Francia se explicase claramente sobre el principio de las compensaciones, principio que era la única base en que debía estribar la negociación. El gobierno inglés añadía que la respuesta del Directorio contenía indicaciones poco favorables á los proyectos de S. M. Británica, y que aun cuando era fácil contestar á ellas, no quería detenerse en hacerlo por no complicar la negociación. El Directorio, que deseaba obrar pronto y resueltamente, respondió á lord Malmesbury que admitía el principio de las compensaciones, pero que designase al punto los objetos á que debía referirse.

El Directorio podía dar esta contestación sin comprometerse mucho, puesto que al rehusar la cesión de Bélgica y el Luxemburgo tenía á su disposición la Lombardía y otros varios pequeños territorios. Por lo demás, esta negociación era evidentemente ilusoria; el Directorio no podía esperar nada, y resolvió burlar la astucia de Inglaterra enviando directamente un agente á Viena, encargado de concluir un arreglo particular con el emperador. La primera proposición que debía hacerse era la de un armisticio en Alemania y en Italia, que duraría seis meses por lo menos. El Rhin y el Adige separarían á los ejércitos de ambas potencias; se suspenderían los sitios de Kehl y de Mantua, é introduciríanse diariamente en esta última plaza los víveres necesarios para reemplazar al consumo de cada día, de modo que al fin del armisticio pudiesen volver ambos partidos á su estado actual; Francia conseguía así conservar á Kehl, y Austria la plaza de Mantua.

Se debía entablar una negociación inmediatamente para tratar de la paz; las condiciones ofrecidas por Francia eran las siguientes: Austria cedería la Bélgica y el Luxemburgo á Francia, y ésta se obligaba á restituir la Lombardía al Austria y el Palatinado al Imperio, renunciando así en este último punto á la línea del Rhin; consentía además, para compensar al Austria por la pérdida de los Países Bajos, en la secularización de varios obispados del Imperio; el emperador no debía intervenir de ningún modo en los asuntos de Francia con el papa y prestaría su mediación en Alemania para indemnizar el Estatuderato. Esta era una condición indispensable para asegurar la tranquilidad de Holanda y satisfacer al rey de Prusia, cuya hermana era esposa del Estatúder. Estas condiciones eran muy moderadas, y probaban el deseo que tenía el Directorio de poner término á los horrores de la guerra y á las inquietudes por el ejército de Italia.

El Directorio comisionó al general Clarke, empleado

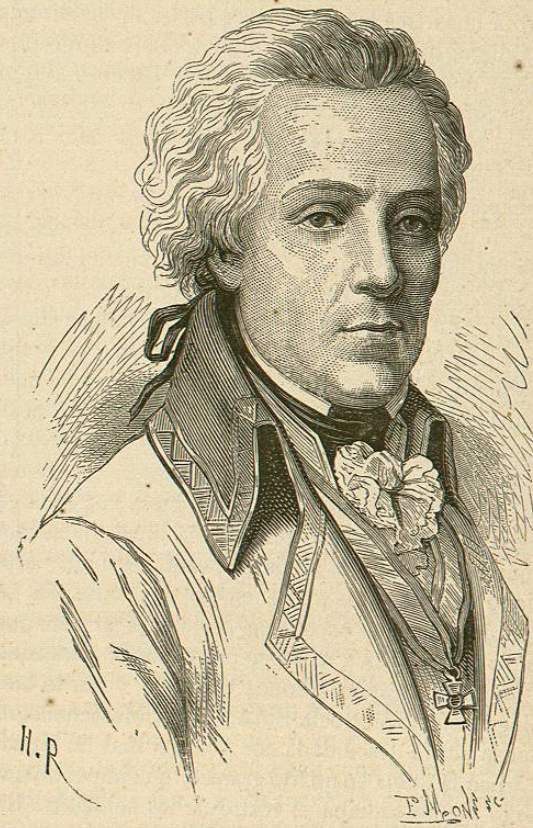
en las oficinas de la guerra con Carnot, para que llevase estas proposiciones. Firmáronse sus instrucciones el 26 brumario (16 noviembre); pero necesitábase algún tiempo para ponerse en camino, llegar y ser recibido y escuchado; y entretanto, sucedíanse los acontecimientos en Italia con singular rapidez.

El 11 brumario (1.^o de diciembre), después de echar puentes sobre el Piava, el mariscal Alvinzy avanzó por el Brenta. El plan de los austriacos consistía esta vez en atacar á un tiempo por las montañas del Tirol y por la llanura. Davidovich debía desalojar á Vaubois de sus posiciones, bajando á lo largo de las orillas del Adige hasta Verona; mientras Alvinzy, por su parte, pasaría el Piava y el Brenta, para avanzar sobre el Adige, entrar en Verona con el grueso de las fuerzas é incorporarse á Davidovich. Los dos ejércitos austriacos debían partir de este punto y marchar de concierto á fin de hacer levantar el sitio de Mantua y libertar á Würmsen.

Después del Piava, Alvinzy avanzó sobre el Brenta, donde Massena estaba apostado con su división, y al reconocer este general la fuerza del enemigo, replegóse al punto, mientras que Bonaparte marchaba en su auxilio con la división Augereau. Al mismo tiempo ordenó á Vaubois que contuviera á Davidovich en el valle del alto Adige, tomándole, si era posible, su posición del Lavis. Acto continuo marchó contra Alvinzy, resuelto á atacarle impetuosamente, á pesar de la desproporción de las fuerzas, é inutilizarle desde el principio de esta nueva campaña. Llegó en la mañana del 16 brumario (6 de noviembre) á la vista del enemigo: los austriacos habían tomado posición por delante del Brenta, desde Carmignano hasta Bassano; sus reservas habían quedado más atrás, y Bonaparte condujo contra ellos todas sus fuerzas. Massena atacó á Liptai y Provera delante de Carmignano, y Augereau á Kasdanovich á la vista de Bassano: la batalla fué tenaz y sangrienta, desplegando las tropas gran bravura. Massena rechazó á Liptai y Provera hasta más allá del Brenta, y Augereau obligó á Kasdanovich á replegarse sobre Bassano. Bonaparte hubiera querido penetrar aquel mismo día en este último punto, pero impidiólo la llegada de las reservas austriacas, y fué necesario suspender el ataque hasta el día siguiente. Por desgracia supo durante la noche que Vaubois acababa de sufrir un revés en el alto Adige: este general había atacado valerosamente las posiciones de Davidovich, obteniendo al principio la ventaja; mas apoderóse de sus tropas un terror pánico, á pesar de su reconocida bravura, y huyeron en desorden. Por fin pudo reunir las en aquel famoso desfiladero de Calliano, donde el ejército desplegó antes tanta audacia en la invasión del Tirol, y esperaba sostenerse allí; pero Davidovich, dirigiendo una parte de sus fuerzas á la otra orilla del Adige, dió la vuelta á Calliano, cercando la posición. Vaubois decía que se retiraba para no ser cortado, manifestando el temor de que Davidovich se hubiese adelantado á él en las importantes posiciones de la Corona y de Rívoli, que cubren el camino del Tirol entre el Adige y el lago de Garda.

Bonaparte comprendió desde entonces el peligro de aventurarse más contra Alvinzy, cuando Vaubois, que se hallaba con su izquierda en el Tirol, podía perder la Corona, Rívoli, y hasta Verona, siendo rechazado en la llanura; Bonaparte se hubiera visto entonces separado

de su ala principal y cogido con quince ó diez y seis mil hombres entre Davidovich y Alvinzy. En su consecuencia, resolvió replegarse en el acto, ordenando á un oficial de confianza que volase á Verona, para reunir cuantas tropas fuera posible y conducir las á Rívoli y la Corona, á fin de contener á Davidovich, dando á Vaubois tiempo de retirarse. Al día siguiente, 17 brumario (7 de noviembre), comenzó á retroceder, y atravesó la ciudad de Vicenza, asombrada de ver al ejército francés practicar aquel movimiento después del triunfo de la víspera. Dirigióse á Verona, donde dejó todo su ejérci-



Alvinzy

to, y trasladóse solo á Rívoli y la Corona, donde muy felizmente halló á las tropas de Vaubois reunidas y en disposición de oponer resistencia á un nuevo ataque de Davidovich. Entonces quiso dar una lección á las 39.^a y 85.^a medias brigadas, que habían cedido á un terror pánico; reunió á toda la división, y dirigiendo la palabra á aquellas, reprendiólas por su indisciplina y su fuga, después de lo cual dijo al jefe de estado mayor: «Mandad inscribir en las banderas que la 39.^a y la 85.^a no forman ya parte del ejército de Italia.»

Estas expresiones causaron á los soldados de aquellas medias brigadas la pena más profunda. Rodearon á Bonaparte, dijéronle que se habían batido uno contra tres, y pidieron que se les permitiesen formar parte de su vanguardia para demostrar si merecían ó no formar parte del ejército de Italia. Bonaparte dulcificó su severidad con algunas palabras benévolas que les transportaron de alegría, y los dejó dispuestos á vengar su honor con una desesperada bravura.

Sólo le quedaban á Vaubois ocho mil hombres de los doce mil que tenía antes de aquella refriega: Bonaparte